

CIENCIAS SOCIALES

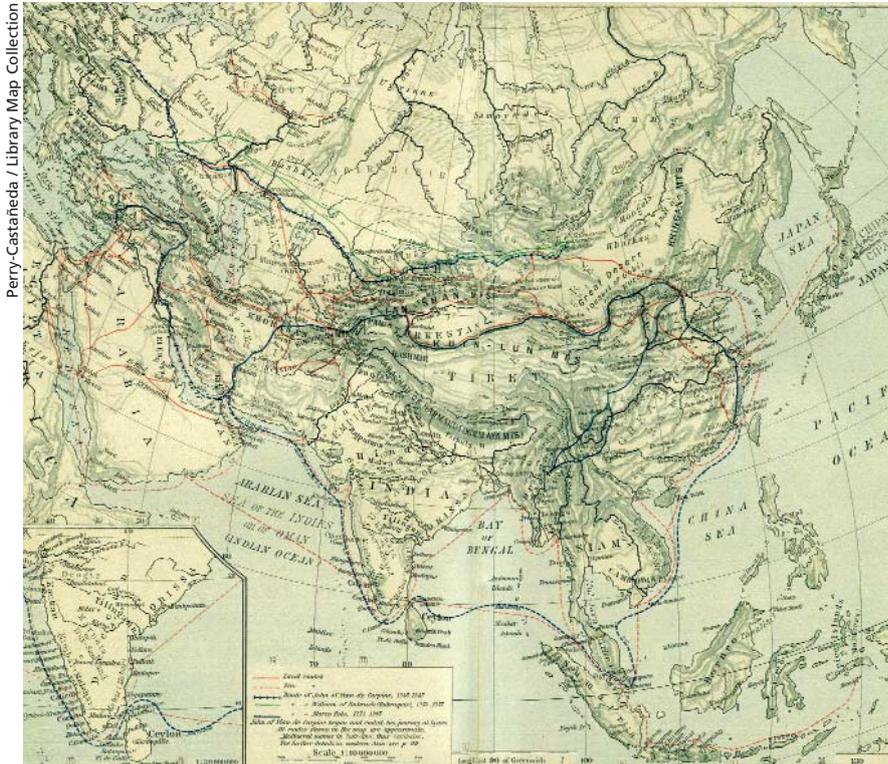
LOS RELATOS DE VIAJE EN AMÉRICA LATINA



Introducción. El viaje y el territorio | Los relatos de viaje | Diversidad de viajeros | Las representaciones de lo desconocido | América versus Europa | La reinención de América | América (Latina) versus América

Autor: Dr. Álvaro Fernández Bravo (Universidad de San Andrés y CONICET) | **Coordinación Autoral:** Dra. Patricia Funes (UBA y CONICET) y Dr. Axel Lazzari (UBA)

INTRODUCCIÓN. EL VIAJE Y EL TERRITORIO



Marco Polo (1254-1324) atravesó Asia y estuvo en la corte de Kublai Khan durante diecisiete años. El relato de sus viajes maravilló a los europeos e impulsó a varios exploradores a adentrarse en territorios desconocidos para Europa.

La literatura de viajes, desde los relatos de Marco Polo hasta los de los cronistas de guerra contemporáneos, cumple una función central para definir la identidad colectiva. Un libro de viajes habla de una sociedad, la describe y presenta una imagen de ella para un público que por lo general la desconoce. El viajero funciona como intermediario entre dos espacios opuestos, a los que conecta entre sí: recorre un territorio desconocido, escribe sobre lo que ve y lo transmite a un lector distante, con el que comparte un código (lingüístico, pero también cultural) y con quien crea una complicidad frente a esa cultura extraña que describe. El viajero siempre se parece a un espía: observa y anota, acumula información sobre una sociedad lejana y la transmite a un público culturalmente próximo y geográficamente remoto, que ignora cómo es esa cultura y siente curiosidad por conocerla.

El continente americano y la región que sería denominada a partir de mediados del siglo XIX como América Latina fueron materia de relatos y descripciones. Estos escritos le atribuían al Nuevo Mundo rasgos específicos que no sólo dieron cuenta de su contenido, sino que contribuyeron a definirlo como un espacio distinto de Europa, pero que era a la vez un reflejo de la imaginación europea. Las crónicas coloniales del siglo XVI, en las que el contacto entre el Viejo y el Nuevo Mundo fue narrado, son una primera muestra de cómo los espacios y las culturas nunca existen por sí solos, independientes de la mirada humana, sino que dependen de las condiciones de enunciación, imaginación y escritura en las que fueron representados. América fue concebida en el marco de un conjunto de especulaciones filosóficas, y en particular en relatos de viaje escritos por europeos que, en

un comienzo sorprendidos por la naturaleza del territorio al que habían llegado, buscaron explicarse dónde estaban, a menudo sin una conciencia muy clara de ello.

Cristóbal Colón, según lo han demostrado las investigaciones más recientes, nunca supo realmente adónde llegó y pensó que había desembarcado en Asia, verdadero objetivo de su viaje. Por eso hablaba de las Indias, término que, junto con Nuevo Mundo, acompaña a América para designar al nuevo continente. Quienes lo sucedieron en la exploración, en particular los sacerdotes y misioneros que discutieron acerca de la naturaleza de América y sus pobladores, escribieron libros donde aparecen las primeras especulaciones sobre el tema que nos ocupa. Los debates acerca del Nuevo Mundo contribuyeron así no sólo a otorgar a América un conjunto de características que serán materia de análisis en este fascículo, sino que consolidaron algunos de los rasgos sobresalientes de la misma Europa, impulsaron la formación del mundo moderno y la distribución en el mapa mundial entre países poderosos y países dominados tal como la conocemos. Pero sobre todo, al enfrentarse a un continente enteramente desconocido, los europeos se colocaron ante la pregunta por su propia identidad. Para emplear las palabras de J. H. Elliot, un estudioso del problema, "al descubrir América, Europa se descubrió a sí misma". En todo caso, los primeros testimonios escritos del "descubrimiento" demuestran que, frente al desconcierto generado por la llegada de los europeos al territorio americano, se produjo una compleja red de relatos que elaboraban teorías e hipótesis sobre la naturaleza del nuevo continente, en los que tanto Europa como América resultaban definidas. Lo que ocurre es que la literatura de viajes ha cumplido un papel crucial en la definición de nociones como hogar, patria, otredad, diferencia cultural e identidad colectiva. Por eso nos resulta importante leerla en relación con la formación de la región del mundo de la que la Argentina forma parte: América Latina.

LOS RELATOS DE VIAJE

DIVERSIDAD DE VIAJEROS

Los relatos de viaje se pueden agrupar en varias clases. Están los escritos por los viajeros metropolitanos, pertenecientes a las culturas centrales, que recorrieron lugares alejados de Europa y acompañaron la expansión del imperialismo europeo a partir del siglo XV. América como concepto es resultado de esa experiencia histórica. La hegemonía europea que comienza a partir de la conquista de América comprendió una compleja red de textos que incluye cartas,

diarios, escritos oficiales, documentos de carácter religioso y burocrático, historias y crónicas. También textos filosóficos –los ensayos de Montaigne son el ejemplo más importante– y programas políticos, como la *Utopía* de Tomás Moro, fueron escritos impulsados por la experiencia americana. Todos ellos intentan definir la cultura de la que hablan, desde una perspectiva cultural específica. Pero la expansión europea produjo también sociedades fronterizas e híbridas, las sociedades criollas, que fueron y son –hasta cierto punto– resultado de la conquista. Los

escritores criollos y, luego de la independencia de las colonias americanas, los viajeros pertenecientes a las nuevas naciones, también escribieron narraciones de viaje que a menudo dialogan con los relatos de los viajeros europeos y con frecuencia les contestan. Algunas veces, estas contestaciones buscan corregir percepciones que consideran equivocadas sobre la naturaleza. Otras, simplemente refieren las observaciones de los viajeros europeos para tomar de ellas información valiosa o para corroborar su propia perspectiva.

Existe también un tercer tipo de relato de viajes útil para pensar la aparición de la idea de América Latina: los libros de sus escritores originarios que viajaron a Europa y los Estados Unidos, en especial durante el siglo XIX. Son importantes para nosotros porque también contribuyeron a pensar la identidad colectiva, en un gesto simétrico al de los europeos durante la conquista. Si los europeos se preguntaron sobre sí mismos al enfrentarse con las culturas indígenas americanas, los americanos hicieron algo semejante al viajar por el territorio europeo. Lejos de su país, y recorriendo sociedades que veían en muchos casos como modelos sobre los cuales edificar las propias, al hablar de instituciones y costumbres de los países más modernos, estos escritores no cesaron de pensar en sus países, en qué leyes y prácticas eran adecuadas y cuáles no. Los libros de viaje cumplieron, entonces, un papel muy importante en la construcción de la idea de América Latina. Sarmiento y José Martí son ejemplos elocuentes de este tipo de narración en sus cartas y crónicas. También en estos casos los escritores citan a otros autores viajeros, tanto americanos como europeos, y navegan no sólo por un espacio geográfico, sino también por un recorrido literario.

Por último, en la época actual, la noción de América Latina comienza a disolverse. La presencia cada vez más importante de latinoamericanos en los Estados Unidos inte-



Representación de la isla de Utopía, la sociedad perfecta que diseñó Tomás Moro a comienzos del siglo XVI.

grando las así llamadas "minorías hispanas" (también conocidos como "latinos") replantea las fronteras y los contenidos de América Latina. Escritos como los de Gloria Anzaldúa, Zoé Valdés o Tato Laviera, de los poetas newyorquinos (una mezcla de Puerto Rico y Nueva York), y la aparición de grupos híbridos, que a veces escriben en una lengua intermedia entre el español y el inglés, desarticulan la oposición entre la "América sajona" y la "América Latina" fraguada a fines del siglo XIX. Los migrantes contemporáneos son otra forma del viajero, característica de nuestro tiempo y también autores de libros en lo que aparece una reflexión sobre la identidad colectiva.

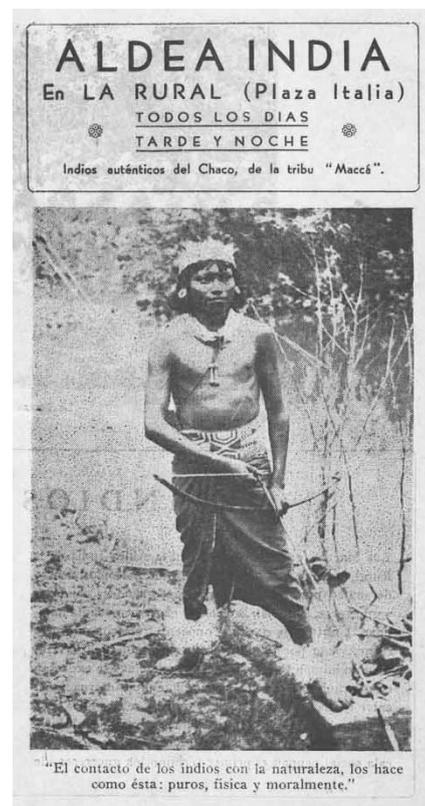
De este modo, la literatura de viajes fue desplegando una red de relatos que se refieren mutuamente y que, a la vez, hablan de un territorio. Fue mediante la acumulación de datos y observaciones, libros y relatos, que se fue construyendo una imagen de esa región. El viajero es también un coleccionista que almacena información y curiosidades.

Sin embargo, para el viajero, un rasgo del territorio recorrido —una costumbre, un paisaje o una especie animal, vegetal o mineral— adquiere interés, resulta curioso y digno de atención sólo cuando es percibido como diferente de su cultura. Así ingresa en los libros de viaje y contribuye al retrato de ese espacio geográfico como uno diferenciado. La presencia de monstruos, animales extravagantes y leyendas de seres humanos deformes es frecuente en los libros de viaje. La historia humana contiene muchos ejemplos de este comportamiento, en el que un narrador habla sobre una región desconocida para sus compatriotas y refuerza cierta distancia: al definir al otro como diferente, también se define a sí mismo como igual —idéntico a su público y miembro de una totalidad que lo comprende, portador de un conjunto de atributos comunes con su audiencia que, paradójicamente, es reforzado por el relato que en principio habla no de su cultura, sino de la cultura del otro—. Así, el relato de viajes construye un retrato no sólo de la cultura observada sino también de la propia, la del observador, que se ve indirectamente reflejada en el texto.

Los libros que describen otras culturas son considerados etnografía. Históricamente fue la cultura europea la que, a partir del siglo

XVI y sobre todo con la conquista de América, produjo libros y escritos en los que se describieron las culturas no europeas. Hay numerosos ejemplos de libros escritos por viajeros que, en especial a partir del "descubrimiento" de América, narraron su experiencia. Hay distintos tipos de relatos etnográficos. Algunos establecen un diálogo fluido con la cultura observada, permitiéndonos escuchar la voz de quienes la integran. La palabra del otro puede infiltrarse en las páginas de la narración, pero siempre quien ejerce el dominio es el narrador (europeo) que controla la palabra escrita y, a menudo, es quien posee la capacidad de escribir frente a una población analfabeta y estática —el viajero se mueve y aprende, los "nativos" permanecen fijos y por lo tanto ignorantes—. En la mayoría de los casos, la etnografía es poco permeable a la cultura estudiada y aunque los viajeros declaren el propósito de conocerla tal como es, tienden a corroborar sus prejuicios y a confirmar mitos y creencias previos, a menudo sin una relación directa con la realidad observada. El mito del buen salvaje del que participan, por ejemplo, Cristóbal Colón y Claude Lévi-Strauss —el "descubridor" de América y un antropólogo contemporáneo que escribió sobre Brasil— sería un ejemplo de esta posición: la idea de que los indígenas son más puros e ingenuos que los civilizados, que su condición de individuos alejados de la cultura occidental los hace ajenos a los sentimientos de egoísmo y mezquindad, codicia y materialismo, característicos de la civilización capitalista. Esta imagen aparece con frecuencia en los relatos de viaje y, de algún modo, también se traslada a los rasgos más generales atribuidos al continente latinoamericano. El continente sería así mejor definido por el predominio de una naturaleza incontaminada —virgen— y exuberante que todo lo envuelve, incluyendo a los seres humanos que la habitan.

Así, los relatos de la conquista asocian a los habitantes con la naturaleza y tienden a desposeerlos de una cultura propia y a presentarlos como parte de un escenario natural. De este modo, son percibidos como objetos y puestos junto a las plantas, animales y características geográficas del territorio descrito: la cultura como parte del paisaje.



Anuncio de una "exposición" de "indios auténticos" en Buenos Aires, 1939.

LA ETNOGRAFÍA

Si bien es definida como el estudio descriptivo de las costumbres y tradiciones de los pueblos, se ocupa en realidad de las sociedades distintas de la occidental.

LAS REPRESENTACIONES DE LO DESCONOCIDO

Queda por preguntarse acerca de la materia narrada en el relato de viajes. ¿Se trata de una imagen genuina de lo que el viajero observa o de una representación distorsionada por la perspectiva inexorablemente etnocéntrica, centrada en el punto de vista irreductible del observador? ¿Accedemos a las características auténticas de una región desconocida al leer un escrito sobre ella o nos quedamos en un umbral, en la percepción de quien escribe y sus ideas anteriores acerca de la cultura representada en su texto?



Representación de América como mujer desnuda y exuberante ante una Europa masculina, vestida y conquistadora en un grabado de Jan van der Straet (siglo XVI).

Las imágenes siempre tienen un componente imaginario, que se encuentra incluso en la misma palabra imagen. En el caso que nos ocupa –la construcción de América Latina– intervienen al menos dos componentes, que ya pueden ser reconocidos en el término "América Latina". Se trata de un encuentro (algunos prefieren llamarlo enfrentamiento) entre Europa y América, entre el Viejo y el Nuevo Mundo, en el que, salvo excepciones, estuvo ausente el diálogo. Los europeos, al llegar al territorio americano, impusieron sobre él un conjunto de creencias y formas de organización colectiva y lo nombraron de acuerdo con sus propias expectativas, que incluían la llegada al continente asiático, la difusión de la religión católica y la búsqueda de riquezas materiales. Las primeras percepciones registradas en el diario de Colón hablan de una imagen edénica, en la que América se presenta como una visión del Paraíso y en la que los indios parecen seres de una pureza celestial. Pero ante todo habría que pensar en la imagen como una codificación, esto es, una representación que se fija en la memoria colectiva, es reproducida en momentos sucesivos, en libros y relatos, en representaciones pictóricas o, incluso, en fotografías, y adquiere así un lugar persistente en la cultura.

Ciertos atributos del continente americano pueden reconocerse en el vasto corpus de literatura de viajes dedicado a describirlo, comenzando con los escritos de Cristóbal Colón y las crónicas y debates del siglo XVI, continuando por los debates del siglo XVIII –en los que los sabios europeos trocaron radicalmente las primeras percepciones acerca del Nuevo Mundo como ubicación del paraíso en la Tierra y plantearon la tesis de América como un territorio insalubre, degenerador y malsano–, hasta los textos de Humboldt y las pinturas de Rugendas que revirtieron en gran medida esa imagen, o los relatos de viaje de Sarmiento, las crónicas de José Martí e, incluso, los más contemporáneos de Waldo Frank, Mário de Andrade, Claude Lévi-Strauss o Ernesto "Che" Guevara.

Las imágenes de América construidas en el siglo XVI pueden ser observadas como un primer eslabón de una cadena que anticipa las visiones románticas de la naturaleza americana y que tuvo una larga descendencia y un impulso significativo en el siglo XIX, en particular con Humboldt y Rugendas. Este conjunto de percepciones que atribuyeron al Nuevo Mundo ciertos rasgos permiten argumentar que América fue, antes que descubierta, inventada por la imaginación europea. No existía antes de Colón porque fue Colón, y los cronistas que la describieron du-

rante el siglo XVI, quienes la vieron bajo los rasgos que, hasta cierto punto, continúan definiéndola hasta hoy: exuberante, pródiga, fértil, tropical, desmesurada, próxima al paraíso, dominada por la dimensión de la naturaleza antes que por el orden de la cultura, considerada un privilegio de Europa. La misma idea de conquista se encuentra próxima a una estructura ideológica binaria, donde el conquistador (Europa) se corresponde con una imagen masculina, blanca, activa, dominante y racional, y la de "lo conquistado" (América) se corresponde con una imagen femenina, de piel más oscura, pasional, pasiva, corporal (la belleza física de los indios e indias) y dominada. Una pintura flamenca del siglo XVI es un ejemplo elocuente de esta división: Américo Vespucio, responsable del nombre, "devela" (descubre) a una América representada por una mujer desnuda, recostada en una hamaca (típica de los indios) y rodeada de signos alusivos al salvajismo (canibalismo), feracidad y exuberancia americanas. El europeo está vestido y lleva en sus manos un astrolabio, representación de la ciencia, frente a la naturaleza americana compuesta por animales, indígenas y especies vegetales.

Incluso el término descubridor, con el que se conoce a Colón, presupone a un individuo activo, aventurero y desafiante, frente a un objeto pasivo y a menudo femenino América, representada en la iconografía de la época como una mujer desnuda, tierra virgen– que es descubierto y eventualmente conquistado por la heroica voluntad europea. Esos primeros rasgos que los europeos vieron en América subsistieron en la visión del territorio cuando este se fue transformando y comenzó a adquirir su forma actual. Más adelante veremos ejemplos más puntuales de cómo lo que un historiador brasileño denominó la "visión del paraíso" persistió y determinó lo que conocemos hoy como América Latina.

Veamos, entonces, algunos ejemplos de esta visión de América Latina que contribuyó a su fijación iconográfica y a la identificación de la región con una naturaleza exuberante primero, y luego con una tierra inmadura y subdesarrollada, no en un sentido económico sino biológico, pero que presupone, también, un atributo que permanece junto a la región hasta nuestros días.

AMÉRICA VERSUS EUROPA

El llamado "descubrimiento de América" presenta un primer momento para estudiar el papel de los relatos de viaje en la formación de lo que posteriormente se denominará América Latina. Como es sabido, los viajeros europeos, comenzando por el mismo Cristóbal Colón, se vieron profundamente sorprendidos al enfrentarse con el Nuevo Mundo. Se trató de una experiencia radical, donde las concepciones europeas acerca del orbe entraron en crisis, y un momento en el que la escritura del contacto con el otro dio forma a algunas ideas perdurables sobre América que intentaremos explorar aquí.

El papel de la escritura es importante en este momento por varias razones. La imprenta y la alfabetización difundieron lentamente el libro entre las clases educadas y esto permitió aumentar el interés y la accesibili-

dad del público a la información sobre las regiones alejadas de su propio ámbito de sociabilidad. Los colonizadores, por su parte, sintieron necesidad de describir lo que veían y lo hicieron dirigiéndose a sus superiores. Los reyes, las autoridades en España o quienes financiaban y esperaban beneficios de las expediciones esperaban también información detallada, y en lo posible cierta, acerca de las nuevas tierras en las que cifraban expectativas económicas y políticas. Para aquellos viajeros impulsados por un mayor afán de conocimiento, escribir también fue un recurso que les permitió almacenar lo que veían, estudiarlo y elaborar conclusiones. Para los sacerdotes (en el siglo XVI, la clase educada), también se agregaban consideraciones morales sobre los indígenas y la difusión de la religión católica. Muchos de ellos, como Las Casas, Sepúlveda

y Vitoria, se involucraron en discusiones profundas y valientes donde se reconocen las primeras autocríticas de la conquista. Por último, los filósofos, particularmente en Francia durante los siglos XVI y XVII, se basaron en la información acerca de América para pensar sobre la diferencia cultural, la civilización y la barbarie.

Es decir que América nace a partir de una relación estrecha con la cultura europea, una relación donde no están ausentes la tensión y la violencia, y que se manifiesta en especial en el dominio de la cultura y la imaginación. En este sentido, al expandir el dominio europeo sobre América, escribir es nombrar: atribuir designaciones y nombres —como el mismo término "América"— es un mecanismo de apropiación y anexión. Seguiremos viendo, esta política aparece con bastante claridad y conciencia en el propio Colón.



Recorrido por las costas americanas de Cristóbal Colón en sus cuatro viajes.



Llegada de Colón a América, según una litografía de 1892.

Nos han llegado escasos y fragmentarios testimonios de los escritos de Cristóbal Colón. La mayoría de ellos se perdieron. Sin embargo, lo poco que tenemos, partes de su diario transcritas por el sacerdote Bartolomé de Las Casas en su *Historia de las Indias*, algunas cartas a los reyes y otras piezas de su correspondencia, nos permite reconocer un momento fascinante de la historia de América, el punto en el que la misma idea del Nuevo Mundo aparece en la conciencia europea. La primera reacción de los viajeros fue suponer, debido a la extrema belleza del lugar donde se encontraban, que estaban en el Paraíso terrenal. Veamos, por ejemplo, un fragmento del diario del 16 de octubre de 1492, cuatro días después de la llegada a América. Dice allí Colón:

[...] aquí son los peçes tan disformes de los nuestros, qu'es maravilla; ay algunos hechos como gallos, de la más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados, y de todas colores, y otros pintados de mill maneras; y las colores son tan finas que no ay hombre que no se maraville y no tome gran descanso á verlos.

La belleza maravilla al observador, pero sobre todo marca una diferencia con la naturaleza europea: los peces son "disformes de los nuestros" e, incluso algunos de ellos, se comparan con otra especie animal. Es decir, se trata de una naturaleza sorprendente y extraña, pero que aún a pesar de su desi-

gualdad, no puede sino ser comparada y leída dentro de un marco de referencia conocido: los peces son como gallos (!). Son los conceptos con los que Colón busca entender el mundo que observa los que no puede abandonar y se trata, naturalmente, de ideas y formas de percepción europeas.

En este sentido, una primera solución para explicar la belleza e intensidad del paisaje americano fue compararlo con el Paraíso. Así, en el tercer viaje, junto a la benevolencia del clima y a la experiencia de la aparición de una nueva región en la Tierra, el descubrimiento de la boca del río Orinoco lleva a Colón a creer que se encuentra próximo al Paraíso. Hechos y leyendas se apoyan mutuamente para la imaginación de una masa austral de tierra:

[...] y digo que sí no procede del paraíso terrenal, que viene este río y proçede de tierra infinita, pues al austro, de la cual fasta agora no se a avido notiçia, mas yo muy assentado tengo [en] el ánima que allí, adonde dixé, es el paraíso terrenal, y descanso sobre las razones y auctoridades sobre escriptas.

Aquí alude a fuentes teológicas medievales y clásicas (el Venerable Beda, san Ambrosio, Plinio) que postulaban que el Paraíso se encontraba en el extremo de Asia, donde Colón creía haber llegado. Es decir, busca apoyo en autores consagrados para sostener su propia idea: que había llegado a Asia,

donde estaba localizado el paraíso; también emplea esa bibliografía para intentar otorgar significado a lo que observaba y aproximarlos a su marco cultural de referencia. Aunque Colón tenía una educación limitada y —según pudimos ver— una escritura rudimentaria, emprendió su viaje impulsado por las palabras de filósofos y sabios que habían hablado sobre la esfericidad del planeta y la posibilidad de llegar a Asia navegando hacia el oeste. No obstante, ni siquiera esa presunción le bastó para alcanzar una explicación satisfactoria de dónde se encontraba. Escribe allí mismo:

[...] grandes indiçios son estos del Paraíso terrenal... yo jamás leý ni oy que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro & vezina con la salada. Y si de allí del Paraíso no sale, parece aún mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan fondo.

La explicación del paraíso para entender la rareza extrema del lugar al que llegó tampoco parece suficiente y surge aquí la posibilidad de que "el Paraíso no salga de allí" (de ese río), y de que el río mismo que tiene frente a sus ojos no tenga parangón en el mundo, es decir, no pueda ser comparado con nada conocido.

¿Cómo designar esas especies desconocidas y ese territorio enteramente nuevo que el viajero se esfuerza en comprender? ¿Qué palabras y qué conceptos emplear para intentar nombrarlo y explicar su sentido tanto a sí como a sus interlocutores europeos?

Uno de los caminos que todo viajero emprende es el de describir la experiencia del viaje apelando a su propio bagaje de recursos lingüísticos. Por eso el texto escrito es un laboratorio donde se define la identidad y se reconoce la voluntad de comprender. A aquello que no se puede nombrar, hay que atribuirle un nombre. El nombramiento (bautismo), la designación, equivale a tomar posesión y fijar en el mapa los signos inestables e inquietantes percibidos en el viaje. Se trata, evidentemente, de una estrategia de apropiación que puede ser leída como metáfora del relato de viaje en su conjunto. El relato de viaje designa y se apropia de lo que nombra. Puede tratarse de sectores del espacio recorrido, de poblaciones, de accidentes geográficos o de especies biológicas. El libro de viajes acumula una enciclo-

pedia de información en la que asigna nuevos nombres. Dar un nombre—designar esa *Terra incognita* con el nombre de América, como lo haría pocos años después un viajero europeo que recorrió el Río de la Plata: Américo Vesputio— es aplacar un misterio. Este mecanismo es reconocible también en un incidente dentro del texto; al llegar al Caribe en febrero de 1493, Colón le escribe a Santangel:

A la primera que yo fallé [se trata de islas], puse nonbre Sant Saluador, a comemoración de su Alta Magestad, el qual maravillosamente todo esto an dado; los indios la llaman Guanahaní. A la segunda isla puse nonbre la isla de Santa María de la Concepción, a la tercera, Ferrandina, a la quarta, la isla Bella, a la quinta la isla Juana, e así a cada una nonbre nuevo.

Los nombres atribuyen sentido. En este caso, vemos en las palabras de Colón una estructura jerárquica en la que primero está Dios (su Alta Majestad), luego el rey, luego la reina, etc. El nombramiento arrebató al territorio su nombre original (Guanahaní) y lo reemplaza por otro (San Salvador). Vemos en estas palabras que el nombre dado por los indígenas es reconocido, aunque no respetado. Como sabemos, tampoco las culturas indígenas fueron respetadas por los conquistadores que, encegucidos por la codicia del oro, destruyeron las civilizaciones amerindias. Su interés estaba en la naturaleza, el Nuevo Mundo al que le sería sobreimpuesto un nombre para apresar y fijar su significado y enviar al olvido su nombre aborigen. Colonizar y nombrar van

entonces juntos. Los nombres forman constelaciones de objetos encadenados entre sí por una relación que los enhebra y les otorga un sentido: América es, a la vez, un resultado de la imaginación europea y un efecto de la diferencia cultural entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Esa diferencia emerge semicubierta: la alteridad es simultáneamente revelada y negada. Colón reconoce el nombre dado por los indios, pero lo niega con uno nuevo. Imponer un nuevo nombre sobre el territorio es una manera de olvidar y ocultar una categoría ajena, reemplazarla con un nombre que aplasta y a la vez genera ese nuevo objeto (natural, sin rastros palpables de cultura humana) que será América ante la mirada europea.

LA REINVENCIÓN DE AMÉRICA



Los "gigantes" patagones según un grabado europeo del siglo XVIII.

Durante el siglo XVIII tuvo lugar en Europa una severa lectura de la realidad americana. La idealización del Nuevo Mundo que predominó durante la primera etapa de la conquista fue reemplazada por una imagen mucho menos feliz, aunque igualmente deforme, que asociaba el nuevo continente, precisamente por su condición

de "nuevo", con lo inmaduro y lo imperfecto. La naturaleza, antes fuente de abundancia y pureza, era percibida ahora como una fuerza corrupta y degeneradora. Algunos sabios europeos sostenían que las especies europeas (incluidos los seres humanos) degeneraban y se deformaban en el ambiente malsano y tropical de América.

Parte de estas teorías provenía del desconocimiento de la realidad americana y, aunque se inspiraban en postulados racionalistas, partían de premisas inexactas. Un ejemplo de prejuicio en los escritos de los filósofos europeos del siglo XVIII que escribían sobre América es la persistencia de las creencias en los gigantes patagónicos. El imperio español mantuvo sus colonias cerradas a los extranjeros y controló severamente la circulación de información para evitar el espionaje, la codicia y las amenazas de dominación de otras potencias europeas. Aunque los cronistas coloniales hispánicos continuaron escribiendo sobre América, sus libros no vieron la luz hasta mucho después, debido a la férrea censura impuesta por la corona. Esta política alimentó mitos y leyendas sobre los habitantes originarios de esta tierra oculta.

En contraste, el territorio brasileño permaneció mucho más abierto a los viajeros extrac Continentales, y eso explica el predominio de las imágenes de exuberancia tropical relacionadas con América que circulaban en Europa. Asimismo, la proliferación de todo tipo de fantasías sobre la vida entre los salvajes —*Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe,

inspirado en libros de viaje que retratan la misma región del Orinoco que tan viva impresión causara en Colón, es uno de los ejemplos más conocidos— contribuyó a una imagen exótica del Nuevo Mundo. No obstante, algunas ideas provenían de viajes auténticos, como el de Jean de Léry por el actual territorio de Brasil, que inspiró a Michel de Montaigne su célebre ensayo "De los caníbales". Pero no será sino hasta el comienzo del siglo XIX cuando esta situación se modifique radicalmente, en parte debido a la independencia de las naciones americanas. Entonces proliferaron los relatos de viaje tanto de viajeros europeos como americanos, y estos libros contribuyeron a afirmar el concepto de América Latina.

Uno de los primeros, agudos e influyentes viajeros fue el científico y humanista alemán Alexander von Humboldt, que, acompañado por el francés Aimé Bonpland, recorrió por cinco años, entre 1799 y 1804, el territorio americano, principalmente las colonias españolas que tanto interés despertaban en el público europeo. Los libros de Humboldt, que luego de su viaje se dedicó a escribir y superó los treinta volúmenes de tratados científicos y políticos, clasificaciones, inventarios y especulación filosófica y cultural entreverada con relatos de sus aventuras, inauguran de algún modo el pensamiento moderno sobre América Latina y constituyen un testimonio sin par de la situación de la región a comienzos del siglo XIX. Uno de sus libros más famosos se tituló, precisamente, *Narración personal de un viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*, es decir, un escrito donde se encuentran unidas la percepción personal y las teorías más generales sobre la identidad colectiva como las que nos interesa indagar aquí. Los libros contra los que, en parte, escribe Humboldt —las obras de filósofos como Buffon, Raynal y De Paw, "campeones" de la causa antiamericana y defensores de la teoría de la inferioridad constitutiva del nuevo continente— carecían del sustento de la observación y de la precisión científica alcanzados por el científico alemán. Por eso, muchos latinoamericanos lo leyeron con pasión y lo consideraron responsable de las imágenes más valiosas de sus propias culturas, y un autor precursor en la abun-

dante literatura de viajes que sería escrita a partir de entonces.

La impresión más significativa recibida por Humboldt en su contacto con el Nuevo Mundo proviene, como en Colón y en los exploradores del siglo XVI, de la naturaleza. Con una sensibilidad típicamente romántica, el científico dedica muchas páginas a describir la condición sublime de la naturaleza americana. Sin embargo, a diferencia de sus predecesores, Humboldt prestará una atención cuidadosa a aspectos políticos de la realidad local. La naturaleza no se limita a una descripción de recursos materiales y humanos, concebidos estos últimos como potencial fuerza de trabajo o como seres celestiales. Por el contrario, en su retrato de la realidad americana interviene una observación atenta de la organización social, económica y política de las emergentes naciones. Así, dos de sus más importantes libros dedicados a la región se titulan *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* y *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. Tanto en ellos como en el resto de su vasta obra se encuentran consideraciones sobre la sociedad criolla y la injusticia del sistema colonial, influenciadas por las ideas ilustradas y los principios de la Revolución Francesa que Humboldt admiraba.

Si bien es cierto, como señala Mary Louise Pratt, que en los dos libros recién mencionados el científico destaca el contraste entre Nueva España —México—, donde culmina su travesía latinoamericana y en donde encuentra una sociedad culta y sofisticada, y Sudamérica, de donde llegaba y en donde ve escasos vestigios de civilización, resulta necesario destacar una oposición más significativa presente en su obra: la que enfrenta los hemisferios anglosajón y latino del continente americano. Dice en el capítulo XXVI de su *Narración personal...*: "Resulta, pues, que si en las investigaciones de economía política, se acostumbra a no considerar sino masas, no se podría desconocer que el continente americano no está repartido, hablando propiamente, más que entre tres grandes naciones de raza inglesa, española y portuguesa". Y un poco más adelante: "Hoy, por la parte continental del Nuevo Mundo se encuentra como repartida entre tres pueblos de origen europeo: uno, y el más poderoso, es de raza germánica; los otros



Ilustración de la primera edición de *Robinson Crusoe* (1719).

dos pertenecen por su lengua, su literatura, y sus costumbres a la Europa latina".

La división sugerida por Humboldt está inspirada en las teorías raciales que tuvieron auge durante el siglo XIX y anticipa una separación que se consolidará en las décadas siguientes. El concepto de América Latina se enuncia por primera vez. Pocos años después, otro viajero europeo, Alexis de Tocqueville, recorre los Estados Unidos y escribe *La democracia en América* (1835-1840), un libro de enorme influencia que, hasta cierto punto, puede leerse como simétrico a los tratados de Humboldt: señala las características de la emergente civilización norteamericana y destaca así la especificidad cultural de los Estados Unidos e, implícitamente, el contraste con las naciones americanas situadas al sur. Como sabemos, con la emancipación se fragmentó el imperio colonial español en numerosas naciones que a lo largo del siglo fueron alcanzando la independencia, hasta la guerra hispano-estadounidense, en la que se enfrentan España y los Estados Unidos y donde caen las últimas colonias españolas en América: Cuba y Puerto Rico. La influencia europea sobre América fue reemplazada a partir de entonces por la estadounidense, aunque este desplazamiento no ha sido un proceso

VIAJE A LAS REGIONES EQUINOCCIALES DEL NUEVO CONTINENTE

Reflexionando sobre el encadenamiento de las cosas humanas, se concibe como la existencia de las colonias modernas, o más bien el descubrimiento de un continente medio despoblado y en el que sólo un desenvolvimiento tan extraordinario del sistema colonial ha sido posible, ha debido hacer revivir sobre una grande escala y hacer más frecuentes las formas de un gobierno republicano. Escritores célebres han mirado las mudanzas que el orden social ha experimentado en nuestros días en una parte considerable de Europa, como un efecto lento de la reforma religiosa obrada al principio del siglo XVI. No olvidemos que esta época memorable, en que las pasiones activas y el gusto por los dogmas absolutos fueron los escollos de la política europea, es también la época de la conquista del Méjico, del Perú y de Cundinamarca; conquista que, según las nobles expresiones del autor del *Espíritu de las leyes*, deja de pagar a la metrópoli una deuda inmensa para desempeñarse para con la naturaleza humana. Vastas provincias, abiertas a los colonos por el valor castellano, fueron unidas por los vínculos comunes del lenguaje, de las costumbres y del culto. Es así que, por una rara simultaneidad de los acontecimientos, el reino del monarca más poderoso y más absoluto ha preparado la lucha del siglo XIX y echado los cimientos de estas asociaciones políticas que, apenas bosquejadas, nos asombran por la extensión y la tendencia uniforme de sus principios. Si la emancipación de la América española se consolida, como todo lo hace esperar hasta ahora, un brazo de mar del Atlántico ofrecerá, sobre estas dos orillas, formas de gobierno que, por ser opuestas, no son necesariamente enemigas. Las mismas instituciones no pueden ser saludables a todos los pueblos de los dos mundos; la prosperidad creciente de una república no es un ultraje para las monarquías, cuando están gobernadas con sabiduría y con respeto por las leyes y por las libertades públicas.

El objeto de esta memoria es el coordinar las observaciones geognósticas que he podido recoger durante el transcurso de mis viajes por las montañas de la Nueva Andalucía y Venezuela, los ríos del Orinoco y del Apure, los llanos de Barcelona y Calabozo, y por consiguiente desde la costa del Mar de las Antillas hasta el valle del Amazonas, entre los paralelos de 2° y 10° 1/3 de latit. boreal.

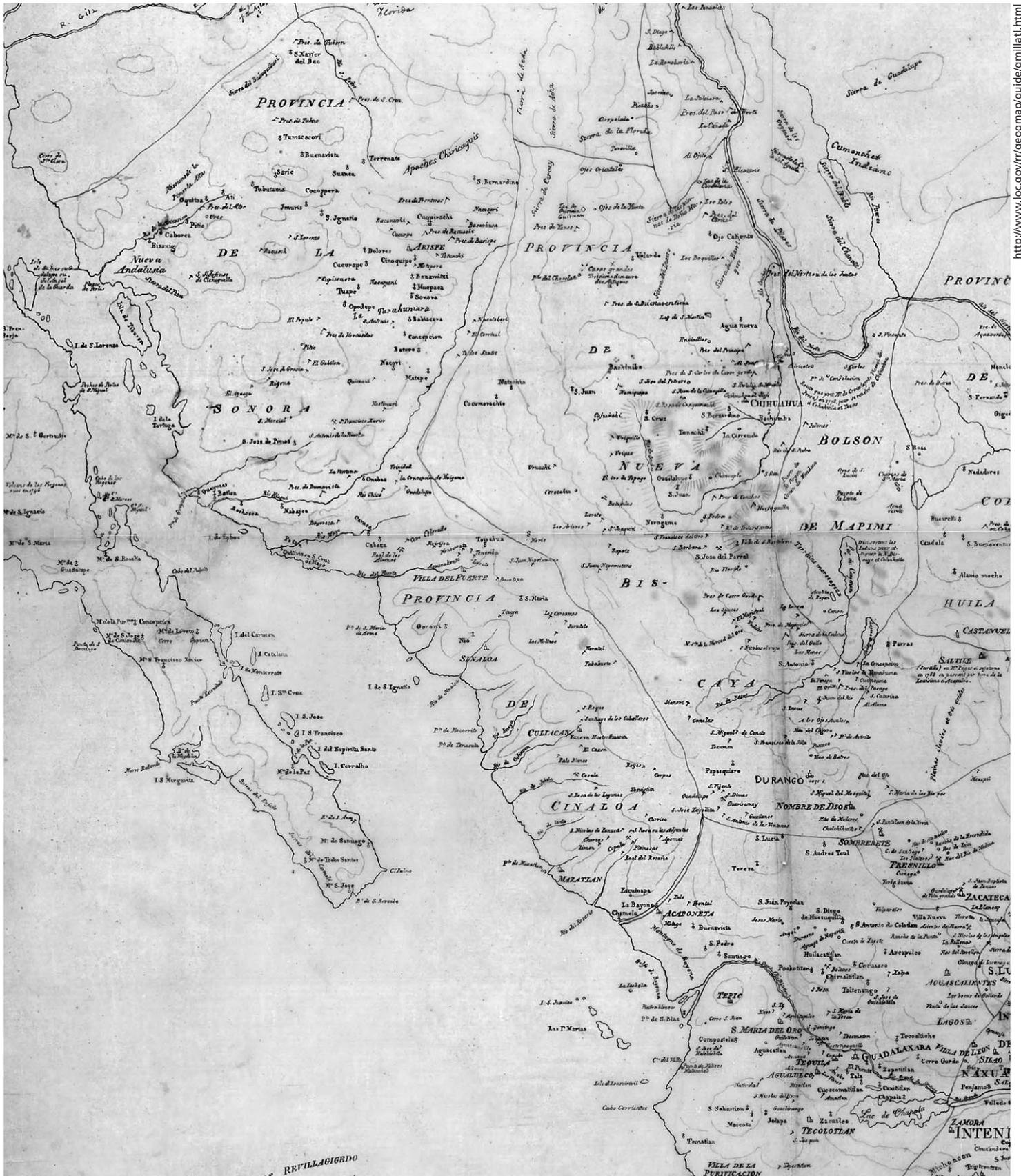
Describiendo los objetos a medida que se presentan al viajero, cada hecho queda aislado; sólo se expone lo que se ha visto siguiendo las tortuosidades o vueltas de los caminos; se aprende a conocer el resultado de las formaciones según tal o cual alineación, pero no puede tomarse su mutuo encadenamiento. El orden de ideas a que debe ceñirse la relación histórica de un viaje, tiene la ventaja de hacer distinguir cuál es el resultado de una observación directa, o cuál el de una combinación fundada en la analogía; pero para abrazar de un golpe de vista el cuadro geognóstico de una vasta parte del globo, para contribuir a los progresos de la geognosía, que es una ciencia de encadenamientos, es preciso renunciar á la acumulación estéril de hechos aislados y estudiar las relaciones, que existen entre las desigualdades del suelo, la dirección de las cordilleras y la naturaleza mineralógica de los terrenos.

La extensión del país, que en diferentes direcciones yo he atravesado, tiene más de 15.400 leguas cuadradas, y ha sido ya el objeto de un bosquejo geognóstico trazado apresuradamente en los mismos parajes, después de mi regreso o vuelta del Orinoco, y publicado en 1801, por M. de Lametherie, en el diario de física [...]. En esta época se ignoraba en Europa la dirección de la cordillera costera de Venezuela y la existencia de la de Parima. Ninguna medida de altura se había tomado hasta entonces, a excepción de la provincia de Quito, ni ninguna roca de la América meridional era nombrada hasta entonces, ni tampoco existía descripción



alguna de la superposición de las rocas, en una región cualquiera de los trópicos. En tales circunstancias un ensayo que se dirigiese a probar *la identidad de las formaciones en ambos hemisferios* no podría menos de excitar el interés de los geognósticos. El estudio de las colecciones que yo he traído, y cuatro años de viajes por los Andes, me han puesto en estado de rectificar mis primeros cálculos y tanteos, y extender un trabajo que, en razón de su novedad, había sido recibido con bastante benevolencia. Como las descripciones mineralógicas de cada roca han sido ya expuestas en los capítulos precedentes, sólo me queda aquí que reunir los materiales esparcidos y citar las páginas en que se encuentra el por menor de las observaciones. Para aprovechar mejor las relaciones geognósticas más notables, voy a tratar de un modo aforístico en diferentes secciones la configuración del suelo, la dirección y la inclinación de las camas y vetas y la naturaleza de las rocas primitivas, intermedias, secundarias y terciarias. La nomenclatura de que me sirvo es la misma cuyos principios he expuesto en una obra de geognosía general.

Alexander von Humboldt: *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente* (1807), cap. XXVI (fragmento).

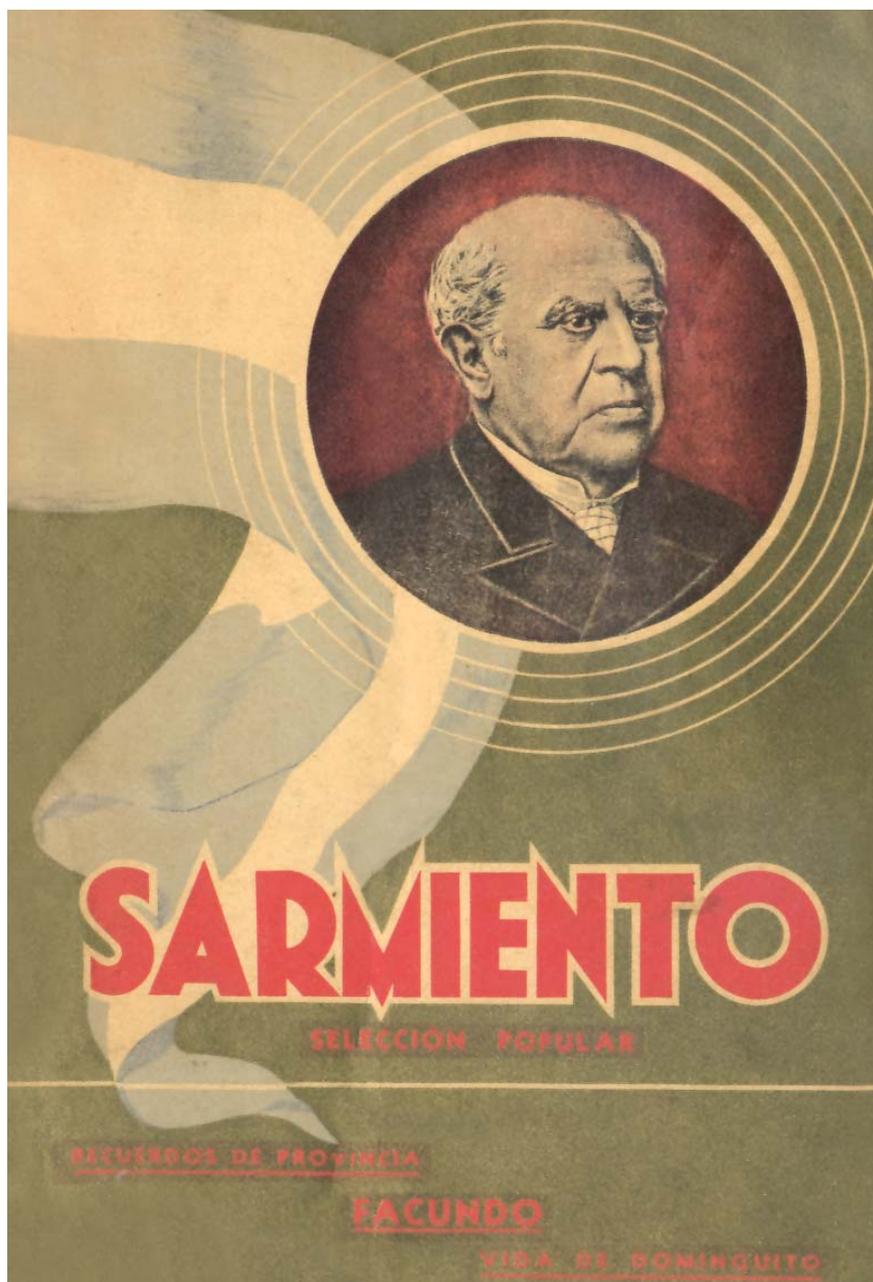


Mapa de geografía botánica derivado del trabajo del geógrafo alemán Alexander von Humboldt y el botánico Joakim Frederik Schouw.

inocuo. La creciente influencia de los Estados Unidos en el continente como una potencia imperial ha fortalecido la perspectiva de la región al sur del Río Bravo como "América Latina", entendida como un contraste, una oposición o una resistencia a la civilización estadounidense. Son los escritores, muchos de ellos viajeros, quienes primero articulan la definición del continente como "latino", pero también hay intereses europeos, particularmente franceses, que apoyan esa definición, con el objetivo de rivalizar o intentar disputar la influencia estadounidense. La invasión francesa a México en 1861 contribuyó a difundir el uso del término que ya había sido empleado una década antes por el colombiano José María Torres Caicedo.

Así, los lectores latinoamericanos de Humboldt fueron quienes primero sacaron provecho de sus observaciones, destacando y citando sus reflexiones sobre las sociedades criollas y su pronóstico, certero y preciso, de que en ellas se gestaban nuevas naciones. Aunque sus lectores perseguían aspiraciones básicamente locales, algunos de ellos también se detenían en la visión de conjunto y en los rasgos comunes encontrados entre las sociedades criollas. Varios líderes políticos e intelectuales conocieron al viajero alemán en persona, como el poeta y erudito Andrés Bello o el libertador Simón Bolívar, ambos defensores convencidos de la necesidad de unidad política y cultural entre las emergentes naciones. Otros lo conocieron a través de sus libros y lo citan con frecuencia, como el poeta cubano José María Heredia o Domingo F. Sarmiento.

Los escritores toman de Humboldt su afán europeizante —su convicción de que podían establecerse comunidades basadas en los principios europeos en territorio americano— y su pasión por la naturaleza americana, pero a menudo esta se presenta antes como obstáculo que como una bendición. Sarmiento comienza el *Facundo* con una cita de Humboldt en francés, que atribuye al viajero (británico) Francis Head: "la extensión de la pampa es tan prodigiosa que hacia el norte está limitada por palmeras y hacia el sur por nieves eternas". Esta cita, sin embargo, le sirve a Sarmiento para argumentar acerca de la inmensidad vacía. "El mal que afecta a la República Argentina es la extensión", proclamaba en la célebre introducción al *Facundo*,



La oposición entre civilización y barbarie recorre toda la obra de Domingo F. Sarmiento, incluso en su obra *Viajes*, donde el polo civilizador deja de ser Europa en favor de los Estados Unidos.

es decir, es el exceso de naturaleza lo que debe ser dominado y controlado por las fuerzas de la civilización. Esa empresa es posible, tal como Humboldt había observado en Cuba y México, y como el propio Sarmiento lo hace en su visita a Río de Janeiro, incluida en su extraordinario libro *Viajes en Europa, África y América*, publicado en 1849 y realizado por encargo del gobierno chileno.

Comparando la naturaleza tropical con la templada, observa:

En los climas templados reina sobre toda la creación un claroscuro débilmente iluminado que revela la proximidad de las zonas frías, en donde el pinabeto y el oso son igualmente negros. Suba usted la temperatura algunos grados hasta hacerla tropical, y entonces los mismos insectos son carbunclos o rubies, las mariposas plumillas de

oro flotantes, pintadas las aves que engalanan penachos y decoraciones fantásticas; verde esmeralda la vegetación, embalsamadas y purpúreas las flores, tangible la luz del cielo, azul cobalto, el aire, doradas a fuego las nubes, roja la tierra y las arenas entremezcladas con diamantes y topacios.

El trópico, como en Colón y en Humboldt, representa para el sanjuanino Sarmiento una imagen edénica. Sin embargo, su retrato no se detiene sólo en la naturaleza, sino que se extiende a la arquitectura lujosa de Río de Janeiro y, en especial, la explotación del café: "No hace 50 años se introdujo la primera semilla de café a Río de Janeiro; no hace treinta que se extrajo la primera bolsa del aclimatado, y hoy pasan de 800.000 las que llenan todos los mercados del mundo". Es decir, la naturaleza dominada y explota-

da despierta su aplauso. No obstante, el trabajo esclavo, la "esclavatura", como lo llama Sarmiento, despiertan también su horror y su condena. Esto mismo ocurre con muchos otros letrados hispanoamericanos de la emancipación que, imbuidos de ideales republicanos y liberales, no aceptaban la manutención del régimen esclavista que perduraría en Brasil hasta 1888. Eso explica que sólo hacia fin de siglo la idea de América Latina como una unidad, incluyendo el Brasil junto a las naciones hispanoamericanas, cobre solidez.

Los viajes de Sarmiento, que comenzaron por América del Sur y continuaron por Europa, África y los Estados Unidos, identifican en este último país una sociedad modelo que los latinoamericanos deberían imitar. La imagen de los Estados Unidos cobrará una

importancia central para los intelectuales, algunos de los cuales pensaron la nación del norte como modelo y otros como un contraejemplo, aquello de lo que América Latina debía apartarse. Sarmiento por su parte, parece recomendar en sus *Viajes* un distanciamiento de Europa (percibida hasta entonces, en especial la Europa del norte, como un arquetipo incuestionable), donde el escritor observa atraso, campesinos analfabetos y rigidez social. La incorporación de la cultura estadounidense como una sociedad con la que comparar e imaginar las sociedades latinoamericanas marca una dirección que se ha ido afirmando, ya sea por el contraste o por la imitación, en la mirada americanista, en especial en la literatura.

AMÉRICA (LATINA) VERSUS AMÉRICA

La afirmación de América Latina como idea y referente cultural entre los mismos latinoamericanos cobró verdadero impulso hacia fines del siglo XIX, en particular con la guerra hispano-estadounidense y la derrota de España en 1898. Este acontecimiento, que hizo volver los ojos a muchos intelectuales latinoamericanos hacia la antes rechazada madre patria y, por ende, hacia las tradiciones culturales comunes, inaugura una nueva etapa en la imaginación americanista y en el pensamiento sobre la identidad colectiva en la parte latina del continente.

Aunque la retórica latinoamericanista produjo sus mejores frutos entre los hispanohablantes, fue un poeta brasileño quien enunció por primera vez un discurso antiestadounidense, en un poema donde aparece nuevamente la idea del desplazamiento y la movilidad característicos de la literatura de viajes. *O Guesa Errante* (1875), de Joaquín de Sousa Andrade, conocido como Soussândrade, incluye en su Canto X, "O inferno de Wall Street", una nueva versión de América como infierno, sólo que en este caso se refiere no a los pantanos amazónicos

o a las minas de oro donde habían perecido los indígenas explotados por los españoles, sino a Nueva York, la nueva capital del mundo financiero.

La denuncia del materialismo estadounidense frente a los valores espirituales, asociados con el mundo latino y a los que era preciso defender, acompaña buena parte de la literatura y el pensamiento latinoamericanos durante el paso del siglo XIX al XX. Los escritores viajan con mayor libertad, recorren América y Europa, y algunos se establecen permanentemente fuera de la región, exiliados por motivos políticos, y desde la distancia escriben y piensan sobre América Latina.

El caso más conocido es el de José Martí, que encarna también un tipo de escritor más moderno, capaz de vivir de la pluma, que se ganó la vida lejos de su patria, Cuba, escribiendo como corresponsal para los periódicos más importantes de Hispanoamérica. Sus crónicas, a diferencia de las coloniales, hablan con un conocimiento profundo de la sociedad que describen. Martí vivió la mayor parte de su vida en el exilio y la mayor parte de su exilio en los Estados Unidos. Se

ubicó así en un punto intermedio entre Norteamérica y América Latina, escribiendo casi siempre para un público hispánico relatos que retratan la sociedad estadounidense, señalan los contrastes entre ambas Américas y también advierten los peligros y las amenazas que acechan desde el norte a las naciones del sur. Su prosa no ha perdido actualidad y su posición de "hispano" en los Estados Unidos anticipa una situación que a fines del siglo XIX sólo comenzaba (pero que ya alcanzaba una significativa comunidad de puertorriqueños, venezolanos, mexicanos y cubanos) y que en nuestros días se ha convertido en un fenómeno de gran magnitud. Sus crónicas, en particular las *Escenas norteamericanas*, hablan de la sociedad de masas y, aunque han sido leídas como un ataque al capitalismo en los Estados Unidos, no son sólo eso. Martí reconoce aspectos terribles, y también rasgos valiosos en la democracia estadounidense, en su igualitarismo y en su cultura abierta. Si Sarmiento, en su breve estadía, pensó en los Estados Unidos como un modelo a imitar, Martí alerta sobre el peligro, pero reconoce la virtud republicana por la que él mismo luchaba, en pos de la

ARIEL

La concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la proporción social, componen, íntimamente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamarse, en Europa, el espíritu de *americanismo*. Es imposible meditar sobre ambas inspiraciones de la conducta y la sociabilidad, y compararlas con las que le son opuestas, sin que la asociación traiga, con insistencia, a la mente la imagen de esa democracia formidable y fecunda, que, allá en el norte, ostenta las manifestaciones de su prosperidad y su poder, como una deslumbradora prueba que abona en favor de la eficacia de sus instituciones y de la dirección de sus ideas. Se ha podido decir del utilitarismo que es el verbo del espíritu inglés; los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario. Y el Evangelio de este verbo se difunde por todas partes a favor de los milagros materiales del triunfo. Hispano-América ya no es enteramente calificable, con relación a él, de tierra de gentiles. La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes y, aún más quizá, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria. Y de admirarla se pasa por una transición facilísima a imitarla. [...] Es así como la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota a sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir, inspira la frucción con que ellos formulan a cada paso los más sugestivos paralelos y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra *nordomanía*. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno.

[...] Todo juicio severo que se formule de los americanos del Norte debe empezar por rendirles, como se haría con altos

adversarios, la formalidad caballeresca de un saludo. Siento fácil mi espíritu para cumplirla. Desconocer sus defectos no me parecería tan insensato como negar sus cualidades. Nacidos –para emplear la paradoja osada por Baudelaire a otro respecto– con la *experiencia innata* de la libertad, ellos se han mantenido fieles a la ley de su origen [...]. La huella de sus pasos no se borrará jamás en los anales del derecho humano; porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad, de las inseguridades del ensayo y de las imaginaciones de la utopía, para convertirla en bronce impecadero y realidad viviente; [...] porque, con su organización federativa, han revelado –según la feliz expresión de Tocqueville– la manera como se pueden conciliar con el brillo y el poder de los estados grandes la felicidad y la paz de los pequeños. Suyos son algunos de los rasgos más audaces con que ha de destacarse en la perspectiva del tiempo la obra de este siglo. Suya es la gloria de haber revelado plenamente –acentuando la más firme nota de belleza moral de nuestra civilización– la grandeza y el poder del trabajo [...]. Perseverantes devotos de ese culto de la energía individual que hace de cada hombre el artífice de su destino, ellos han modelado su sociabilidad en un conjunto imaginario de ejemplares de Robinson, que después de haber fortificado rudamente su personalidad en la práctica de la ayuda propia, entrarán a componer los filamentos de una urdimbre firmísima. [...] Han sabido también guardar, en medio de los refinamientos de la vida civilizada, el sello de cierta primitividad robusta. Tienen el culto pagano de la salud, de la destreza, de la fuerza; templan y afinan en el músculo el instrumento precioso de la voluntad; y, obligados por su aspiración insaciable de dominio a cultivar la energía de todas las actividades humanas, modelan el torso del atleta para el corazón del hombre libre. [...]

Su grandeza titánica se impone así, aun a los más prevenidos por las enormes desproporciones de su carácter o por las violencias recientes de su historia. Y por mi

parte, ya veis que, aunque no les amo, les admiro. [...]

La vida norteamericana describe efectivamente ese círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante persecución del bienestar, cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer una mediana concepción del destino humano. Obra titánica, por la enorme tensión de voluntad que representa y por sus triunfos inauditos en todas las esferas del engrandecimiento material, es indudable que aquella civilización produce en su conjunto una singular impresión de insuficiencia y de vacío. Y es que si, con el derecho que da la historia de treinta siglos de evolución presididos por la dignidad del espíritu clásico y del espíritu cristiano, se pregunta cuál es en ella el principio dirigente, cuál su *substratum* ideal, cuál el propósito ulterior a la inmediata preocupación de los intereses positivos que estremecen aquella masa formidable, sólo se encontrará, como fórmula del ideal definitivo, la misma absoluta preocupación del triunfo material. Huérfano de tradiciones muy hondas que le orienten, ese pueblo no ha sabido sustituir la idealidad inspiradora del pasado con una alta y desinteresada concepción del porvenir. Vive para la realidad inmediata, del presente, y por ello subordina toda su actividad al egoísmo del bienestar personal y colectivo. [...] Ni siquiera el egoísmo nacional, a falta de más altos impulsos; ni siquiera el exclusivismo y el orgullo de raza, que son los que transfiguran y engrandecen, en la antigüedad, la prosaica dureza de la vida de Roma, pueden tener vislumbres de idealidad y de hermosura en un pueblo donde la confusión cosmopolita y el *atomismo* de una mal entendida democracia impiden la formación de una verdadera conciencia nacional. [...] En el ambiente de la democracia de América, el espíritu de vulgaridad no halla ante sí relieves inaccesibles para su fuerza de ascensión, y se extiende y propaga como sobre la llaneza de una pampa infinita.

José Enrique Rodó: *Ariel*, Buenos Aires, Kapelusz, 1994.

independencia de Cuba, todavía sometida al yugo español en la época en que escribe. Dice Martí en una de sus crónicas más famosas, "Nuestra América":

Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdén.

Hay que notar la personificación entre "los dos factores continentales" (Norteamérica y Latinoamérica) y la metáfora del interés sexual, que coloca a América Latina, como en las crónicas de la conquista, en la posición más vulnerable. "Pueblo emprendedor y pujante" son los términos que emplea Martí para definir a los Estados Unidos, palabras que seguramente también hubiera usado Sarmiento. Pero peligro también, de que "sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil" pudieran impulsarla en una aventura imperial, como las que ya habían sufrido México y Centroamérica, y a las que el poeta había dedicado muchas páginas. Advierte Martí unas líneas más adelante: "El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América".

Es decir, ese peligro, percibido como una amenaza latente y tangible, define también una identidad colectiva. Sería injusto atribuir a Martí sólo una mirada crítica, como la que tendrán en esos mismos años otros viajeros de origen latinoamericano a los que Beatriz Colombi ha denominado "los viajeros detractores", como el escritor franco-argentino Paul Groussac o el poeta nicaragüense Rubén Darío, que veían en los Estados Unidos la materialización de la democracia masificada, el mercantilismo, el culto del dinero, la vulgaridad, el mal gusto y el gigantismo. Martí no incurre en ninguna de esas acusaciones, aunque también se asombra ante la civilización de masas que emerge con potencia y que aparece más como un rasgo de la modernidad que como una característica nacional.

No obstante, la visión de los Estados Unidos como lo opuesto y amenazante, un destino temible y evitable, predominó entre los escritores latinoamericanos. El autor paradigmáti-



Próspero enfrenta a Calibán, símbolo de América en *La tempestad*, de Shakespeare.

co de esta posición, aunque con una escasa trayectoria de viajes, fue el uruguayo José Enrique Rodó, cuyo ensayo *Ariel* (1900), dedicado a "la juventud de América", sintetiza las posiciones antiestadounidenses finiseculares predominantes en América Latina. El título de la obra tiene profundas raíces americanas: en el ensayo de Rodó, Ariel representa las virtudes espirituales asociadas con el continente. La educación del alma, el gusto por el arte, el rechazo del materialismo burgués que se expandía entre las clases medias de Europa y también del Río de la Plata, están sintetizados en el programa pedagógico del ensayo como los pasos para prevenir la influencia nefasta de Calibán. Calibán, anagrama de caníbal, es el antagonista de Ariel. El término fue tomado de un personaje de un drama de William Shakespeare, *La tempestad* (1612), inspirado a su vez en las crónicas de la conquista de América.

De este modo volvemos al comienzo. Shakespeare leyó, como muchos otros europeos de su época, los relatos de viaje de la conquista y construyó un personaje salvaje y bárbaro: Calibán/Caníbal, término a su vez

ligado a Caribe, que funciona como sinécdoque (simbolización) de América. También para Rodó Calibán simboliza América, pero sólo la del norte. Calibán representa todo aquello que América Latina debe rechazar y que está sintetizado en la civilización estadounidense, donde predomina la mediocridad y el utilitarismo, e incluso la heterogeneidad cultural –resultado de la inmigración–. Dice Rodó en su artículo "Literatura norteamericana": "Un pueblo formado por inmigraciones no tenía homogeneidad ni carácter nacional necesario para el desarrollo literario".

El empleo del término Calibán, derivado a su vez de caníbal, para denostar la cultura estadounidense y afirmar y definir a la vez la identidad colectiva latinoamericana, no deja de resultar un recurso irónico: con el propósito de defender una supuesta virtud, se apela a una descalificación histórica de la cultura europea hacia los americanos y se refuerza una estructura dual en la que la barbarie siempre queda ubicada de este lado del Atlántico. El latinoamericanismo histórico siempre tuvo que apelar a totalizaciones y

estructuras duales que por su misma rigidez conceptual hacen difícil pensar en América Latina como una totalidad cambiante y dinámica. Hoy mismo, como decíamos antes, las fronteras y los límites están cambiando. El Caribe y México están cada vez más atravesados por la cultura estadounidense y muchos de sus ciudadanos ya se encuentran viviendo en los Estados Unidos, donde son la primera minoría étnica y cultural. Ya en Martí esa condición resultaba visible: una cultura nacional dividida, ubicada en dos países, aunque unida por una misma lengua. Pero ¿es posible seguir pensando

en América Latina como la pensaban Martí y Rodó? ¿Dónde termina y dónde comienza la identidad colectiva? ¿Podemos continuar manteniendo a Brasil en una discreta marginalidad, como ocurrió por diversos factores, primero políticos –republicanismo vs. imperio–, pero luego por simple y llana ignorancia, indiferencia o, incluso, racismo? Las nuevas subregiones, como el mundo andino, atravesado por problemáticas culturales específicas –como la existencia de culturas amerindias–, el Caribe –cuyos países más poblados hablan español, pero conviven con otros que hablan diversas lenguas euro-

peas y con los que comparten coyunturas como la diáspora y la emigración masiva– o, más cerca nuestro, el Cono Sur, plantean una fragmentación y la formación de un nuevo mapa cultural, quizá no determinado sólo por factores como la lengua y la religión que predominaron en el siglo XIX. Será preciso, entonces, animarse a abandonar patrones de pensamiento rígidos y probablemente obsoletos, para acompañar los cambios culturales con herramientas analíticas útiles para comprender el mundo en que vivimos, y del que América Latina forma parte.

Bibliografía

- Ardão, Arturo: *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos", 1980.
- Berger, John: *Ways of Seeing*, Londres, Penguin, 1972.
- Buarque de Holanda, Sergio: *Raízes do Brasil*, San Pablo, Companhia Das Letras, 1992.
- Colombi, Beatriz: "Retóricas del viaje a España, 1800-1900", en www.literaworld.com/Spanish/2002.
- Elliot, J. H.: *The Old World and the New, 1492-1650*, Cambridge, Cambridge UP, 1992.
- Fernández Retamar, Roberto: *Calibán: apuntes sobre la cultura en Nuestra América*, México, Diógenes, 1974.
- Gerbi, Antonello: *La disputa del Nuevo Mundo: Historia de una polémica, 1750-1900*, México, FCE, 1993.
- Martí, José: "Nuestra América", en *Cuba, Nuestra América, los Estados Unidos*, prólogo y selección de R. Fernández Retamar, México, Siglo XXI, 1973.
- Núñez, Estuardo: "El elemento latinoamericano en otras literaturas", en César Fernández Moreno (comp.), *América Latina en su literatura*, México, Siglo XXI, 1980, pp. 83-111.

Pratt, Mary Louise: *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Londres, Routledge, 1992.

Rabasa, José: *Inventing A-m-e-r-i-c-a: Spanish Historiography and the Formation of Eurocentrism*, Norman, University of Oklahoma, 1993.

Ramos, Julio: *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, México, FCE, 1989.

Rocca, Pablo: *Enseñanza y teoría de la literatura en José Enrique Rodó*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2001.

Sarmiento, Domingo Faustino: *Viajes*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981.

Viñas, David: *De Sarmiento a Dios*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.

Von Humboldt, Alexander: *Viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*, 5 vols., trad. Lisandro Alvarado, Caracas, Monte Ávila, 1991.

Agradecimientos

El equipo de Publicaciones de la Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente agradece a las siguientes instituciones y personas por permitirnos reproducir material fotográfico y colaborar en la documentación de imágenes: Perry-Castañeda Library Map Collection (EE.UU.); Biblioteca del Congreso (EE.UU.); Museo Etnográfico - UBA (Argentina).



Ministro de Educación, Ciencia y Tecnología, Lic. Daniel Filmus
Secretario de Educación, Lic. Juan Carlos Tedesco
Subsecretaria de Equidad y Calidad, Lic. Alejandra Birgin
Directora Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente,
 Lic. Laura Pitman

Coordinadora del Área de Ciencias Sociales, Lic. Raquel Gurevich
 Coordinadora del Área de Desarrollo Profesional, Lic. Silvia Storino
 Coordinadora del Programa de Capacitación Explora, Lic. Viviana Celso
 Coordinadora de Publicaciones,
 Lic. Raquel Franco

Coordinación y documentación,
 Lic. Rafael Blanco
 Edición, Lic. Gonzalo Blanco
 Diseño y diagramación,
 DG María Eugenia Más
 Corrección, Norma A. Sosa Pereyra

www.me.gov.ar